

EL ADOLESCENTE Y LA INCONSISTENCIA

Ricardo Rodulfo*

Alguna vez deberíamos ocuparnos de las continuidades.

Parecería que estamos desilusionados de nuestros adolescentes. El recorte mediático se encarga de difundir imágenes espectaculares de ellos. El clínico muchas veces se suma, reprimiendo imágenes mas tranquilas y corrientes. En medio de todo eso pasa inadvertido algo que verdaderamente hay que atravesar sin borrar, el paso más específico que concebir cabe de la adolescencia, único en el que me concentraré en lo que sigue.

Inmejorablemente destacado por Winnicott en una de esas frases felices por no “conceptuales” en apariencia y que se lee en alguna página de Acerca de los niños (Paidós). Frecuentemente en esa época de la vida se estaría dominado o expuesto por el sentimiento o sensación de que “nada vale la pena”. Eso es todo. Nada menos.

Enorme condensación. Una ristra de trazos clínicos se agolpan en la escueta sentencia:

- una pérdida del sentido que no se limita a una situación puntual –qué sentido tenga ir a la escuela- pues es completamente abarcativa y hace impacto por lo tanto sobre el sentido en general;
- como su consecuencia inevitable pulverización de ideales, particularmente aquellos ligados a lo que Freud denominó deseo de ser grande -deseo que tiene que ver más con lo grandioso ficcional que con lo evolutivo y que el niño vehiculiza por ejemplo jugando a ser un superhéroe-, renuncia por anticipado a todo proyecto implicado en los procesos de historización y/oica conceptualizados por Piera Aulagnier y Castoriadis, fuga al aquí-y-ahora y al no-me-pregunten-nada;
- banalización de los procesos subjetivos recurriendo a toda la oferta tecnológica para convertirse en un adolescente mediático aceptando todos los retratos que le proponen los medios de él mismo frenéticamente dedicado a los mensajes de texto y despojada de todo rasgo que lo singularice;
- no compromiso con la herencia que podría convocarlo en términos de lo que Winnicott llamó experiencia cultural, noción interesante que aún no hemos aprovechado ni trabajado lo suficiente. Cabe en este punto recordar la caracterización de lo que Marcuse propuso como desublimación represiva;
- tendencia a refugiarse en sensaciones que lo vuelve proclive a la adicción aún cuando en numerosos casos no puede hablarse verdaderamente de ella por falta de condiciones de estructura, tanto en lo personal como en lo ambiental, pero que lo impulsa a esos períodos donde se bebe en exceso o se coquetea con las drogas o con la velocidad.

Detalle que podría seguir en precisiones.

A cuenta todo de una desilusión más existencial que biográfica. Una desilusión no tan sencilla de recorrer por su diversidad de facetas. Una manera de ir al hueso es apelar al álgebra lacaniana y decir que la coyuntura adolescente consiste en descubrir que A debe escribirse tachado: A. Lo cual no por llamarlo "existencial" no deja de ser trazo diferencial de un acontecimiento histórico, el que constituye lo que conocemos como "Occidente". El grafo de Lacan engloba cosas tales como la desidealización de los padres y de una manera más profunda -y en lenguaje menos lacaniano- el descubrimiento más o menos claro de que la estructura cultural toda -incluyendo sus prácticas institucionales y sus regulaciones y normas grupales junto con todo el acervo de sus saberes- no garantiza para nada que la pudiéramos creer como verdad... salvo que estemos demasiado dispuestos a creer... lo que ya no es exactamente occidental. Sin garantías que den la cara el motivo de la verdad no se puede tener en pie. El llamado "duelo por la infancia" duela ese tiempo en que A - como designación de otro que atesora el trabajo histórico de la diferencia que resumimos al decir "cultura"- brillaba en todo un esplendor sin tachadura pues contenía en sí la verdad de la verdad. Y en su ámbito estábamos asegurados, como ha sido el caso en otras culturas con mito y con religión pero sin filosofía ni ciencia en las cuales a nadie se le ocurriría desconfiar de la consistencia -término introducido por Lacan con toda precisión y pertinencia- de ese A que el vocabulario de aquel singulariza indebidamente, ya que connota el saber-poder de un grupo al que el sujeto en advenimiento debe referenciarse forzosamente.

Es esta la razón por la cual no existe la adolescencia como formación subjetiva fuera de Occidente, salvo cuando empieza a implantarse de resultados de la entrada de lo occidental -entrada que ha solido ser un impacto catastrófico- en otra cultura hasta entonces ajena o relativamente cerrada y protegida de él. En esos casos, la juventud de esa cultura empieza a desarrollar formas atípicas y sumamente conflictivas o disruptivas de adolescencia característicamente rasgueadas por un amargo rechazo y descalificación de lo tradicional, como se puede ver en la segunda generación de los inmigrantes africanos en Europa, los primeros nacidos en ella. La violencia de la tachadura es cuasi-traumática para los hijos de una cultura que creía garantizarse a sí misma. Según esto podemos pensar la adolescencia como determinada por la experiencia de encuentro con la **inconsistencia** en tanto tal. Mucho más, pero mucho más, que la pérdida de la infancia, la nueva actividad hormonal y todo ese tipo de cosas que en definitiva suceden en todas las culturas y poco tendrían que ofrecer de específico para un fenómeno tan violentamente diferente y transformador como el que estamos considerando. El socorrido dato de la enorme asimetría entre un ritual de iniciación que dura unos días o semanas y una transición de varios años que tiende a extenderse cada vez más mide la singularidad generada por la palpación de dicha inconsistencia. Eso mismo torna banal la reducción de la adolescencia a una pelea intergeneracional que tanto da que hablar a padres y maestros; esa rivalidad se constata en cualquier lado y no es lo mismo burlarse del viejo por obsoleto, como propone Gutton, que una destitución de valores e ideales que va mucho más lejos que el enfrentamiento con otras personas con cuyos valores e ideales se acuerda en lo esencial.

Lo cual nos extraña más aún del empirismo que ha reducido la adolescencia a un trámite etario, pues nos hace tomar conciencia de que no todos los "adolescentes" lo son ya que no todos hacen automáticamente esta experiencia y no son pocos por

cierto los que, por más de una razón, no pasan del rito de iniciación, sobre todo teniendo en cuenta que nuestra cultura no es para nada un espacio homogéneo para todos igual, abunda en regiones, zonas, pequeños espacios transicionales, diversidad de experiencias culturales y multiplicación de anacronías que hacen que no todos vivan en la misma época por más que el calendario los unifique en lo formal. En ningún caso es una cultura que pueda pensarse en términos de pueblo chico, entre otras cosas porque su manera de operar lleva a que hasta el pueblo chico deje de funcionar en homogeneidad.

Índices de adolescencia como índices de la experiencia de inconsistencia son entonces vectores que necesitamos precisar. El “nada vale la pena” (también traducible como “nada merece el esfuerzo” o “nada es digno de...”) nos sirve de hilo para guiarnos.

- Multiplicación de comportamientos y de síntomas cuya nota de “superficialidad” se vuelve mucho menos superficial a la luz de nuestra tesis. Es como si el adolescente espejara en sí la inconsistencia de la cultura que tendría que sostenerlo y por la cual ya no se puede sentir sostenido. Así inventaríamos infinidad de manifestaciones de inconsistencia: culto del acting-out, la evasión como táctica de vida, actitud maníaca en el sentido propuesto por Melanie Klein de negación radical del dolor psíquico, de que algo me importe o me afecte de veras, (lo cual puede degenerar en atrofias afectivas de difícil reversibilidad), recurso a la adicción como parte de una adicción a lo que en otro campo Tustin conceptualizó como objetos-sensación, desmantelamiento del deseo de ser grande que conduce a atacar la propia posibilidad de pensar, fijación a situaciones de aturdimiento, hipertrofia de lo visual en detrimento de lo que no se ve (por ejemplo y señaladamente, del otro), negación y banalización de la diferencia haciéndole perder significado a su percepción (“me da lo mismo” sería el lema, en continuidad con la designificación del esfuerzo y de la pena así como de lo que Heidegger pensó como cura.), trabajo de lo negativo que opera en el sentido de una designificación que no desemboca en nada alternativo, hardening también, que facilita tomar caminos abiertamente hacia la delincuencia. Contrariamente a la descripción clásica de los procesos de represión como potencialmente reversibles, conservando cierta fluidez que en principio no lesionaría la afectividad de lo reprimido, Winnicott recurrió a aquel término metafórico para nombrar un proceso de esclerosamiento emocional sin retorno si se cronifica ya que la capacidad de afectarse se destruye a la manera de un proceso atrófico. En cuanto al trabajo de la designificación veremos que dista mucho de ser patológico de por sí, el punto es la estrategia en que esté inserto.
- No paralelamente como en otra dirección el encuentro con la inconsistencia que ya ningún padre o dios puede cubrir –lo que Heidegger llamaba “la retirada de los dioses”- por muy simbólicos que fueren sus modos de intervención, puede dar paso a procesos creativos suplementarios de lo que Lacan escribe como A una vez tachado por el impacto de la inconsistencia de la que A pretendía no padecer. Suplementarios: no se agregan simplemente en continuidad con lo que ya estaba ahí; no se integran a un sistema previo a ellos; **difieren**, en cambio, más o menos violentamente, sin hacer avanzar ni retroceder una supuesta marcha lineal en el eje progresión-regresión; su emergencia es **otra cosa**, si bien pueden ser y son constantemente objeto de reapropiación por las categorías y las políticas de la cultura, como lo muestra la

comercialización de géneros alternativos en el campo de la música más ligada a los jóvenes. Nada de lo que examinamos transcurre en la pureza.

La actividad de estos adolescentes se orienta a la invención de alternativas en los más distintos órdenes: modos de vivir, de amar y de relacionarse, juegos o ensayos más o menos artísticos, hábitos y ceremonias extraños para el mundo adulto, iniciativas solidarias en movimientos que bregan por desactivar exclusiones, lo cual lleva a formas de actuación política, pero siempre desmarcada de los dispositivos políticos institucionalizados. En general, todas estas cosas se hacen bajo el signo de una fuerte crítica a los códigos de la cultura heredada -y no sólo a las personas involucradas- y muy en particular a las instituciones a cargo de la transmisión de esa herencia que en conjunto no aceptan, significándola como aquello que hay que cambiar antes que continuar o mantener. Apelan para eso al reciclaje de multitud de fragmentos míticos, históricos, de saberes técnicos, de injertos de culturas no occidentales y de una generosa participación de las más añejas categorías de la metafísica de siempre, siempre lista para reapropiarse de cuanto de nuevo emerja en nuestra existencia...

Exactamente hablando, su praxis es un capítulo y un suplemento más del **jugar**, una muestra más de sus extensas funciones en la vida humana, lo que a veces no se ve y otras se deja ver con facilidad al haber conciencia de que lo que están haciendo es **en juego**. De modo que puedo añadir esto a todo lo que vengo desde hace mucho desarrollando acerca del jugar y del juego. Y se deja ver también en el hecho de la invención continua de **ficciones** que se genera en tales trabajos, micro utopías inclusive, pero que se refractan sobre la vida cotidiana, volviendo a testimoniar aquello de Winnicott sobre la ilusión que he procurado rescatar y hacer valer en un libro dedicado a su pensamiento: el que ella crea en lo real, no se limita, como pretende Lacan, a circular en un plano imaginario y nada más. (Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia, Paidós, 2008).

Este desenvolvimiento requiere por fuerza del trabajo negativo de la designificación, concepto éste tan notablemente plantado por Nicolás Abraham desde la década del 70 del pasado siglo: quitar significación, algo que está en un primer lugar entre las tareas que el psicoanálisis tiene que encarar para liberar la posibilidad del juego de otros y nuevos sentidos, lo que el paciente no es libre de hacer mientras esté aprisionado en los que lo han llevado a su situación actual... Pero en lo que a este grupo concierne tal designificación no desemboca en la nada, como es el caso en el primero que hemos considerado, puesto que revuelve y prepara el terreno para invenciones heterogéneas al orden recibido. Dicho de otra manera, aquí vale la producción de diferencias, aún cuando a menudo se cierran rápidamente sobre sí mismas sin afrontar lo que proviene de los otros. Pues entre sus muchas ambigüedades, el adolescente es abierto y cerrado a la vez. Pero quitar significación a una serie de emblemas, costumbres, valores, ideales, relatos, leyes y creencias es por sí mismo un trabajo grandioso y transformador, que no cesa de repercutir más allá de su campo de emergencia. A veces, muchas, el adolescente hace igual que el deambulador cuando rompe para explorar; sólo varía el objeto maltratado. Un ejemplo posible de aquel repercutir más allá de las fronteras de la adolescencia es el del nuevo estatuto de la homosexualidad; sin que nadie parezca registrarlos, todo el rango inédito e insólito de conductas y hábitos que se introdujeron a través del adolescente a partir de los 60 (empezando por la ropa unisex) contribuyó muy decisivamente al aflojamiento de los mandatos machistas bien montados en pares opositivos que gobernaba la moral sexual y todavía no ha desaparecido del todo: uno de los juegos predilectos ya en las

primeras épocas del rock era la vestimenta y la ornamentación indecible en cuanto a criterios de identificación de género inequívocamente binarios y disyuntivos, como bien lo marcaban Deleuze y Guattari: “o...o”, contra lo cual el chico hacía su trabajo de designificar la rigidez de los códigos de género proponiéndose a la mirada de los otros como una figura difícil de descifrar mediante índices puramente visuales. Y eso, aunque no tuviera la menor fluctuación en sus inclinaciones amorosas. En un terreno bien distinto, otro tanto hacían Los Beatles cuando mechaban escrituras y procedimientos de música “clásica” en el seno del género más furibundo contra lo académico (v. Eleanor Rigby).

La fragilidad o precariedad en la invención de ficciones -vale decir, la disminución de la capacidad lúdica- que afecta al adolescente del primer grupo tiene consecuencias severas en cuanto a la posibilidad de espejarse en varios tipos de grupos, de relatos, de producciones; no viéndose en lo que mira el chico se va cayendo de diversos espacios de ficción en principio abiertos a él y que en esas condiciones devienen inaccesibles: sigue el aburrimiento, la ninguna respuesta emocional ante las más variadas experiencias y productos culturales con la consiguiente restricción del campo de intereses típico de ese adolescente al que nada le gusta, nada lo convoca, nada lo “copa” como no sea el aturdimiento de un par de noches a la semana. Tan conformista en su rebeldía, tan rebelde en su conformismo. Se ve atrofiada o en riesgo de también la capacidad identificatoria, lo que por supuesto debilita más todavía sus recursos para moverse en el ámbito humano por excelencia, el **ficcional**. Se verifica esto, por otra parte, en el escaso o nulo trabajo hecho sobre su propia historia y la de su familia y comunidad. De nuevo asistimos a una pérdida de sentido pero que se detiene allí sin una proposición alternativa (contrariamente a la del chico que elige cambiar de clase social para romper con la de su familia, designificándola de todo valor genuino que mereciera conservarse y defenderse). Además la impase de lo ficcional y de todos los trabajos en espejo de los más diversos espejamientos –los verdaderos trabajos de Narciso, según traté de mostrarlo en otro lugar- (Futuro porvenir, Noveduc, 2008) acarrearán una especie de parálisis del porvenir: prohibido el porvenir, a cuyo relampagueo sólo la máxima angustia podría responderle. Sin trabajo sobre su pasado y sin apertura al porvenir no queda nada más que el presente sino un presente extremadamente mutilado y reducido a una sensación, la sensación de presente, la sensación ahora presente, que no el discurrir de un tiempo anacrónico donde nada es exactamente presente ni pasado ni futuro, una mezcla de tiempos que se compone también de condicionales, subjuntivos y potenciales.

Pero debemos precavernos de que esta descripción de caminos divergentes no sea leída de un modo clasificatorio, y en la mejor tradición del binarismo clásico, por añadidura. No se trata de los malos y los buenos. El adolescente capaz de proponer alternativas ha de enfrentar numerosas vicisitudes; sus invenciones pueden reificarse en fenómenos de secta, de ghetto, de fundamentalismo. Hoy lo vemos sobre todo en tantas formaciones delirantes de grupo en torno a la comida y a su hipervaloración: se le pide a la alimentación se haga cargo de metamorfosis espirituales –como en su momento la conversión de paganos al cristianismo- mientras se le depositan miríadas de fantasmas hipocondríacos de envenenamiento, fantasmas de inmortalidad o juventud perenne, fantasmas en que el ideal de comer sería no la comida bajas calorías sino el cero de comida, el no comer como el colmo de la vida sana. Tal hace que el vegetariano tradicional se vaya volviendo una figura pasada de moda y en todo caso insuficiente en su propuesta: ya no basta con abstenerse de carnes rojas, ahora tampoco lácteos ni harinas ni...Una suerte de suicidio de la especie si tal proyecto se expandiera lo suficiente, si tenemos en cuenta -frente a propuesta tan “natural”, ya que por supuesto se apoya en la escisión metafísica entre naturaleza y cultura,

cargando en la cuenta de la primera las reivindicaciones más artificiales que pudiéramos imaginar- que estamos donde estamos porque nuestros antepasados dejaron la recolección y se pusieron a cazar, con el consiguiente salto cuántico en el cerebro. Y hoy los adolescentes resultan los primeros transmisores de un ideal anoréxico que se despliega en un abanico de manifestaciones clínicas. Al menos los otros se conservan omnívoros.

Más allá de estos nuevos problemas, la posición desesperada del adolescente frente a la inconsistencia del Otro en quien confiaba lo torna especialmente propenso a salidas fundamentalistas y a fanatismos en ocasiones mudable y pasajeros pero siempre sumamente violentos. Cuando todo se ha detenido en el “nada vale la pena” un recurso de este tipo es la adicción “adrenalínica” a la violencia, no articulada a algún ideal, por sí misma, por la sensación “copada” que procura sin tener que pensar en nada. Patear entre todos a alguien en el suelo puede regalar una forma de éxtasis difícil de detener y de acotar.

Sin que esto excluya que por el camino de este no-camino un chico en particular arribe a alguna orilla inesperada descubriéndose por casualidad muy capaz para algo que ni se imaginaba y que cumple con esos requisitos de “socialmente útil” que Freud le asignaba a la sublimación y Winnicott a su idea más amplia e interesante –sobre todo por saltarse una supuesta y superflua derivación pulsional- de *experiencia cultural*. Por ejemplo, un talento técnico. Entre las dos grandes direcciones cuyos contornos hemos esbozado hay circuitos y pasos de conexión; un laberinto con sus pasadizos no visibles, nada de autopistas rectilíneas. Por eso mismo no se presta a una dicotomía entre lo sano y lo enfermo o entre lo bueno y lo malo lo que hasta aquí venimos pensando. Y eso sin contar con el papel del azar en la tercera serie *suplementaria* que interviene impredeciblemente (v. el capítulo 1, *Serie y suplemento, en mi libro El psicoanálisis de nuevo*, Eudeba, 2004).

De modo colateral, hago notar que he insinuado un movimiento que reemplace la referencia lacaniana al gran Otro por la noción de experiencia cultural acuñada por Winnicott y hasta ahora poco aprovechada, nada trabajada. Primero porque en mi perspectiva es un término más ventajoso que desimaginiza el espacio de la cultura de figuras ancestrales, siendo una denominación mucho más abierta a lo grupal, a la vez contenido y reprimido en la de Lacan. En segundo lugar, “experiencia” desplaza “estructura” sin expulsarla, pero proponiendo una visión que no se limita al formalismo de la combinatoria sin sujeto típica del estructuralismo y da paso por eso mismo a la actividad singular: una experiencia no es compatible con una posición pasiva de objeto manipulado por un juego de permutaciones y sustituciones. La idea al escribir “experiencia” no es introducir un empirismo de la presencia sino introducir el trabajo de una subjetividad que no puede limitarse a “ingresar” en un orden simbólico sin alterarlo en su intocabilidad significativa. Por último, nos interesa la vinculación directa que se establece entre aquella experiencia y la categoría de lo transicional; porque con lo transicional se rebasa una serie de oposiciones metafísicas que están aún muy activas en los tres registros de Lacan y en la historia textual de cómo se van acomodando y forcejeando a lo largo de sus seminarios: transicional significa que no hay ya que oponer nada más o menos concreto a nada más o menos simbólico; en cambio, si leemos atentamente como se caracteriza el juguete ya en las primeras aproximaciones a la idea del objeto transicional, podrá detectarse la emergencia de un estatuto de lo ficcional -como he empezado a llamarlo- que tiene su vida propia y constituye el medio específico de nuestra existencia sin necesidad de hegemonizar ningún medio en particular, sea el lenguaje u otro cualquiera. Para esto hay que

avanzar sobre Winnicott y asentar que vivimos exclusivamente en un ámbito transicional, y no a ratos en él y a ratos en los más tradicionales “interno” y “externo”, según aquel en un principio lo plantea, entre otras limitaciones por ceñirse demasiado a un modelo espacial que a la larga reifica el *entre*.

Y quien mejor que el adolescente para estudiándolo comprender hasta qué punto es ficcional el mundo que habitamos; hasta el adolescente más banalizado de resultados del impacto del “nada vale la pena” mora en un universo pueril pero fantástico, pobre pero arreal en el sentido positivista del término. Las mismas y a veces pocas sensaciones que lo transportan -la baraúnda del boliche, los personajes de la tele o de alguna otra parte que sin tener la menor idea de ello encarna al beberse todo de una vez o al incursionar en la cocaína o el éxtasis- no son como las de la psicología académica, puras y desvinculadas de la actividad imaginativa que monta y desmonta ficción tras ficción. Hay que romper un prejuicio que ligue lo ficcional invariablemente a maravillosas creaciones. Suele ser de lo más trivial. En todo caso, una diferencia pasa por hacer de un espacio transicional una suerte de burbuja donde el tiempo no es admitido en lugar de un ámbito abierto no signado por la necesidad de defenderse de la vida. Pero sin olvidar que el adolescente más activo y contestatario, por muy alejado de la frivolidad y la evasión que parezca, también puede poner sus ficciones transicionales al servicio de fines fundamentalmente defensivos, si bien apreciaremos su índole más productiva y menos comprometida con los estereotipos sociales dominantes.

Y yendo un poco más allá, ¿no nos perseguirá toda la vida la sombra lívida que despoja de sentido a todo cuanto hagamos? ¿Es posible verdaderamente estar por completo a salvo de tal sospecha o intuición o aprensión, salvo a costa de contraer alguna funesta pasión fundamentalista?

Si lo queremos aprovechar sin descalificar el “nada vale la pena” pretendiendo que “no vale la pena” podemos extraer una enseñanza de lo más radical de la posición y sufrimiento adolescente: mantenida a cierta distancia no invasiva, esa fórmula que nos inquieta nos permite también, contribuye con lo suyo al menos, a cierta vigilancia crítica de las a menudo demasiado normales certezas de la existencia del pretendido “adulto”, cuya aparente consensualidad disimula el interrogante de que no sabemos en verdad en qué consiste, quien es, quien responde cuando responde.



***Sobre el Autor:** Ricardo Rodulfo es Doctor en Psicología y Psicoanalista.

Profesor Consulto Titular - Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires.
2008

Profesor Regular Titular Plenario - Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires. 2008

Director de la Carrera de Especialización en Prevención y Asistencia Psicológica en Infancia y Niñez. Facultad de Psicología – U.B.A.

Director del Programa de Actualización en Clínica de Niños y Adolescentes de la

Facultad de Psicología de la U.B.A.
Profesor Titular de Psicopatología Adulto - Universidad Siglo 21 de Córdoba
Profesor Titular de Psicopatología Infanto Juvenil - Universidad Siglo 21 de Córdoba
Profesor invitado en la Pontificia Universidad Católica de San Pablo, Brasil
Profesor del Programa de Postgrado: Clínica Psicoanalítica con Niños y Jóvenes.
Universidad Alberto Hurtado. Chile.

LIBROS PUBLICADOS

“Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia. Lo creativo-lo destructivo en el pensamiento de Winnicott”. Editorial Paidós. 2009.
“Futuro porvenir. Ensayo sobre la actitud psicoanalítica en la clínica de niñez y adolescencia”. Noveduc. 2008.
“El psicoanálisis de nuevo. Elementos para la deconstrucción del psicoanálisis tradicional”. Eudeba. 2004.
“Dibujos fuera del papel”. Paidós. 1999.
"Estudios Clínicos: Del Significante al Pictograma a través de la práctica psicoanalítica". Paidós. 1992.
“El niño y el significativo” Paidós. 1988.

LIBROS PUBLICADOS EN COLABORACIÓN

“Adolescencias – trayectorias turbulentas”. Paidós. 2006
“Proyecto Terapéutico”. Paidós. 2004
“La problemática del síntoma”. Paidós. 1997.
“Trastornos narcisistas no psicóticos”. Paidós. 1995.
"Pagar de Más". Nueva Visión. 1987.
"La clínica Psicoanalítica en Niños y Adolescentes". Lugar. 1986.